

Todo fue creado por Dios

Vamos a profundizar un poco más sobre la creación del mundo en Génesis capítulo 1. Habíamos comenzado desde el primer versículo, citándolo hasta su final, y posteriormente, haciendo una mención del inicio del capítulo 2. Pero son tantos nuevos conocimientos recibidos e informaciones importantes, que en este estudio procuraremos hacer un resumen de los elementos principales que la Biblia presenta acerca del Dios creador, en su proceso de creación del universo y cómo debe ser comprendido por nosotros en los días de hoy.

Entonces vamos a destacar las cuestiones más relevantes y significativas, contraponiendo estas opiniones, a lo que innumerables veces escuchamos en la actualidad, sea por prensa, redes sociales, entre otros, y que muchos de nosotros aceptamos como cierto. Hay tantas maneras de pensar hoy en día, tantos conceptos diferentes a la verdad, que la gente le da “comezón” de oír.

El primer asunto que merece consideración aquí es el enunciado afirmativo que la Biblia nos enseña: Que todo fue creado por Dios. Eso significa que ninguna cosa tuvo un origen negativo ni fue creado o generado por el mal. ¿Por qué esta cuestión es tan importante y significativa?

Actualmente, en nuestra mente, tenemos tres razonamientos principales sobre cómo concebimos el universo y desconocemos otro modo para medir la realidad: O creemos que Dios creó el universo y que Él es diferente de la creación, o asumimos que no existe ningún Dios y que el cosmos, la materia y todo lo demás, eternamente estuvieron ahí. Creyendo que la vida se dio por generación espontánea y /o aleatoria. Es decir, o creemos que Dios, el mundo material y el universo, son la misma cosa y existieron perpetuamente, o creemos en un diseño divino y ordenado, dispuesto por el Dios Único y Soberano, quien amorosamente lo concibió para ti.

El texto sagrado, La Biblia, nos mostrará que ninguna cosa tuvo un origen independiente o autónomo a Dios; el criterio es que la vida o incluso la materia, en ningún tiempo, surgió espontáneamente ni se generó independiente al Creador. Es decir, que la vida nunca, o en ningún momento, tuvo un origen separado de Dios. Lo contrario a ello, implicaría un escenario muy complejo y difuso, que intenta sugerir que un universo tan extraordinario como el que tenemos, pueda haber surgido sin ninguna causa que sea superior al propio cosmos.

Así que no tiene sentido que pudiéramos pensar que una simple célula u organismo muy pequeño, o incluso un simple átomo o molécula, aunque sean una cosa extremadamente simple, no muy compleja, hayan surgido de una causa inferior, de una causa no registrada. Eso es imposible; no pueden ser eternos. Hasta la visión general de la ciencia de hoy, dice que todo ha tenido un origen repentino, que todo ha venido de una gran explosión. Por lo que no podemos aceptar la perspectiva de que el universo existió desde siempre y que pueda ser confundido con el Creador, o que este no exista, pues todo fue creado por El Eterno y nada tuvo un origen diferente a Él.

La otra cuestión planteada, es que algunas cosas en nuestro universo pudiesen no tener origen en Dios, sino que habrían sido creadas u originadas en el mal; pero tal planteamiento no es factible, porque el mal no existe desde toda la eternidad y antigüedad. En realidad, tal como dicen los grandes estudiosos de la sagrada Escritura, -la Palabra de Dios-, el mal no tiene existencia en sí mismo, ni puede ser el origen esencial de nada; no obstante, el mal es tan real como lo es una enfermedad que alcanza un cuerpo; si el cuerpo desaparece la enfermedad no puede existir sola. Sí, el mal existe, como el óxido que afecta el hierro: Si el hierro termina o desaparece, la herrumbre no existe.

El mal, por lo tanto, es la corrupción o privación del bien. Entonces no es posible que el mal haya sido el origen de nada; el mal existe, o se articula, cuando los seres libres deciden hacer todo aquello que está en contra de la voluntad absoluta en el universo, que es Dios. Por lo tanto, no es posible aceptar que algo tenga un origen en el mal o en cualquier cosa diferente; antes bien, aseveramos, por lo tanto, que Dios es, de hecho, el Creador y generador de todo.

Consecuentemente, entonces, y siguiendo tu línea de pensamiento muy claramente explicado, requerimos destacar que, según el texto bíblico, y como estudiamos en los primeros versículos, todo tuvo un principio, y/o todo tuvo un comienzo. Eso significa que la materia no es auto existente y que el universo no es eterno, sino que el Único sempiterno es Dios. Nada puede jamás rivalizar con Él, y muchísimo menos intentar siquiera, ser o pretender ser, como “dios”; es decir, el asumir de alguna manera, equipararse con alguna forma semejante a la divinidad.

Todo el universo, todas las criaturas, incluso el ser humano, que sabemos por la propia Biblia que vivirá en la eternidad, -siempre y cuando confiese que Jesucristo es el Salvador y su Señor, -son limitados, porque, aunque vivan eternamente, tuvieron un comienzo, no son seres eternos; son seres que tendrán una inmortalidad dada por Dios, han comenzado y posteriormente existirán por siempre. Pero Dios es eterno, sin comienzo ni fin, más allá del tiempo y el espacio.

El universo material no es un mundo que pueda ser considerado o asumido con existencia propia autónoma, erigido como lo absoluto, más allá de los límites del tiempo. Es decir, que todo cuanto ves a tu alrededor, un día empezó a existir. Nada ha estado, o está desde siempre. Lo contrario es una idea completamente equivocada. Es que, al mirar la creación, de inmediato podemos percibir un ordenamiento lógico en todo. Viendo la creación, vamos a observar que esta creación está marcada por mucho orden y por mucha armonía.

Y eso lo vemos en la idea misma de enumerar los días 1, 2, 3, 4, 5, 6 y establecer la separación, mostrando una creación gradual. Lo cual nos devela claramente la imagen de orden y el concepto de la armonía. Eso significa que Dios nos ha manifestado muchas cosas sobre Él mismo, en el mundo que fue creado. Eso quiere decir que no es posible que exista una sola persona en toda la faz de la tierra que no tenga en su mente la existencia de Dios.

Esto es tan interesante que cuando observamos los pueblos más primitivos de la civilización, distinguimos a las vidas de culturas más simples, y notamos inmediatamente que nunca hubo un solo pueblo que, por ejemplo, dejara de enterrar a sus muertos, o que no haya tenido un enfoque religioso acerca de la vida. Porque la idea de Dios, así como la noción de la eternidad, está profundamente incrustada en el corazón mismo del hombre y ocurre, en gran parte, a causa del testimonio que la creación da y enuncia, sobre el mismo Dios.

Ciertamente que es posible encontrar personas ateas, o agnósticas quienes repudian toda concepción de una divinidad superior regente de los destinos de la humanidad. Estas personas afirman no creer en Dios. El ateísmo subsiste dentro de algunos espacios o universos cerrados; también en ciertos ambientes o en las grandes capitales, donde los individuos evitan al máximo, un enfrentamiento directo con la gran belleza de la creación y su gran unicidad de lógica armonía. Porque al estar presente ante la grandiosidad y hermosura de la naturaleza y ser confrontado con su majestuosidad, ciertamente una voz interior te habla e insta constantemente acerca de Dios, de la magnificencia de su señorío y de la tremenda perfección del cosmos y la concordancia del “todo”.

Por lo tanto, la idea de que Dios no existe, o que podemos vivir la vida como si El no estuviese presente, no puede subsistir. De hecho, debemos incluso pensar, si detrás de una actitud de rechazo hacia Dios o de incredulidad en él, no existe allí, por así decirlo, una fe escondida donde la persona reprime su sentimiento de relación con Dios a causa de otra razón. Que no es la observación del universo. Porque ante ella, es imposible seguir pensando de esta forma.

Es importante destacar también, que la creación de Dios es un mundo dotado de hermosura y preciosidad, que tiene sus propios lineamientos determinantes. Dios creó cada cosa en su debido lugar, creó cada animal, cada ser según su propia especie. Por lo tanto, admitir que la creación haya surgido de la nada y que haya evolucionado de una manera absolutamente separada de la acción divina y de una forma plenamente -cómo podríamos llamarla- natural, es totalmente contraproducente. Pensar en un universo ateo y materialista no tiene sentido, pues entra en un gran conflicto con la perspectiva bíblica de las cosas.

Muchas veces vemos a personas tener mucha fe para creer en presupuestos filosóficos en nombre de la ciencia, sin poder jamás de hecho, comprobar lo que se está poniendo sobre la mesa. El ser humano creado por Dios no puede, por ejemplo, ser reducido a una simple idea de que no es más que un animal, sin aceptar otra realidad superior a sí mismo.

Por lo tanto, esas ideas evolucionistas y materialistas, sobre las cuales hemos escuchado disertar tantas veces, carecen de sentido, cuando observamos la realidad de la creación divina. Así que, cuando se rechaza a Dios, porque se cree que hay muchos “dioses”, disponiendo sobre diversidad de acciones distintas, esa idea es contraria a la doctrina de la creación. De igual manera, cuando se cree en un universo que camina y avanza en solitario, como si fuese independiente a Dios, o

cuando se intenta negar la realidad espiritual, allí también se contraría la acción divina de la creación.

Indiscutiblemente, cuando confundimos a Dios con la propia creación, también estamos rechazando la doctrina de la creación, y la acción de Dios en la historia de la humanidad. Al escuchar la enseñanza divina que aparece en el primer capítulo de Génesis, muchas personas tal vez podrán decir: “Pero ¿cómo queda esta cuestión”? La ciencia no comprueba esto, o no afirma aquello. Es verdad que la ciencia comprueba mucho, pero el conocimiento científico existe en función de una visión bíblica, la cual enuncia que Dios nos ha provisto un universo comprensible con una mente competente y racional. Por lo tanto, el hombre está apto para prestar atención a su entorno, dilucidar y deducir -efectivamente- la verdad acerca del universo. Sin embargo, la ciencia tiene límites; no obstante, la Biblia también tiene también su propio lenguaje, y su propio propósito.

La Biblia no pretende describir detalles científicos, pero sí hay límites para ella. La ciencia consigue observar lo que es realmente palpable, pero no puede involucrarse con vanas ideologías filosóficas, al amparo de una visión pseudo científica. Así que, no todo lo que se presenta como ciencia, es verdad. Antes bien, es una especie de ideología detrás de la ciencia que conlleva otros propósitos. La verdadera ciencia “nunca”, “jamás” estará en conflicto con una evaluación correcta, sensata y responsable de la Biblia.

Muchos conflictos entre la Biblia y la ciencia, en realidad surgen principalmente por ignorancia, ya sea porque desconocemos qué es la ciencia, o por ser unos analfabetas bíblicos. Necesitamos avanzar en el concepto bíblico acerca de la creación, para destacar aquello que será objeto de reflexión de nuestro próximo episodio, que nos dice que Dios lo creó todo y también al final creó el propio ser humano. Un elemento principal que surge aquí es que el ser humano es la corona de la creación divina. Dios crea todas las cosas y el ápice, el desenlace de la creación divina, está orientado hacia la realidad de la creación del hombre que es –vamos a decirlo– la corona de la creación.

Por lo tanto, no solo aprenderemos aquí en el libro de Génesis, quién es Dios, sino también qué es, de hecho, ese universo creado, para finalmente ‘concebir quién es’ el ser humano, es decir, su identidad. Concluyendo: Es imposible saber a dónde vamos, ni qué debemos hacer con nuestra vida, si primeramente no entendemos a Dios, y la relación con su universo; pero principalmente, la relación de Él conmigo, como mi Señor. Aquí tenemos entonces los elementos más importantes de la creación hecha por Dios, y develada en Génesis, capítulo 1.